

Friedrich Dürrenmatt

# La promesa

Réquiem por la novela policiaca



*"Muy a menudo es la pura suerte o el azar lo que decide la partida a favor o en contra nuestro"*



Nos encontramos en Suiza, en el cantón de Zurich. Gritli Moser aparece asesinada en el bosque. Era sólo una niña con un vestido rojo. Sus padres la habían enviado a visitar a su abuela. El comisario Matthäi promete encontrar al asesino, sin pensar que con esa promesa está condicionando su entera existencia. Pero la tarea de los detectives no es nunca tan sencilla como lo plantean las novelas, y en el camino de Matthäi aparecen un buhonero, un policía arribista, un dibujo, un psiquiatra, un viaje frustrado a Jordania y hasta un gigante, pero lo que no aparece es el hilo rojo que conduce a la solución del enigma. ¿Acaso el mundo es puro azar y, cuando creemos haber encontrado un orden lógico, se trata sólo de un espejismo? ¿O es simplemente que la estupidez humana no atiende a razones?

Esta novela fue publicada en 1958, cuando Dürrenmatt se hallaba en la cúspide de su carrera literaria. Cruel y mordaz, sórdida e irónica, *La promesa*, fue en un principio un encargo que se hizo al autor para rodar la inquietante y excelente película *El cebo* de Ladislao Vajda en 1958.

## DENTRO DEL RELOJ DE CUCO

Son conocidas las líneas que Orson Welles introdujo en el guión de *El tercer hombre*: «En Italia, durante treinta años bajo los Borgia, tuvieron guerras, terror, asesinatos y derramamiento de sangre, pero también tuvieron a Miguel Ángel, Leonardo Da Vinci y el Renacimiento. En Suiza, tuvieron amor fraternal, tuvieron quinientos años de democracia y paz. ¿Y cuál fue el resultado? El reloj de cuco»<sup>[\*]</sup>.

Sabemos que Friedrich Dürrenmatt compartía, al menos en parte, el diagnóstico de Welles. Al igual que H., el cínico narrador de *La promesa*, Dürrenmatt parece hasta tal punto asqueado de un Estado tan sumamente organizado que procura garantizarse a sí mismo un entorno de desorden donde pensar. La práctica totalidad de su obra dramática gira en torno al equívoco fundacional de una civilización presa de pulsiones de muerte y voluntades de poder tan anárquicas como indispensables para el sostenimiento de la maquinaria estatal. A diferencia del otro gran dramaturgo suizo del siglo XX, Max Frisch, Dürrenmatt jamás se apasiona con ninguno de los ideales humanos. El origen de esta novela, *La promesa*, es un ejemplo.

En 1957, Dürrenmatt recibió el encargo de escribir un relato, susceptible de convertirse en película, sobre un tema de interés cívico: las agresiones sexuales contra niños.

Lo hizo: desarrolló una trama detectivesca a partir del descubrimiento del cadáver de una niña y a través de las vicisitudes de la investigación policial. Ese primer borrador de *La promesa* fue llevado a la pantalla bajo la dirección de Ladislao Vajda. La película, una coproducción hispano-suiza, se tituló *El cebo* (*Es geschah am hellichten Tag*). Pero Dürrenmatt no se detuvo ahí. Siguió escribiendo. «Me interesa dejar claro», escribiría algún tiempo después, «que la película se corresponde en lo esencial a mi intención», no obstante lo cual la novela transcurre por otros derroteros: «una vez acabado el guión, yo seguí trabajando en mi historia. Retomé la fábula otra vez y me la replanteé desde otro punto de vista, ya no tan pedagógico. En cierto sentido, el tema del detective fracasado se convirtió en una crítica de una de las estructuras típicas del siglo XX, lo que me alejó necesariamente del propósito original de la película como trabajo de equipo».

El núcleo de la novela, al igual que el de la película, lo constituye el hallazgo del cadáver de una niña en un bosque. Una niña vestida de rojo, como Caperucita, degollada por alguna especie de Lobo Feroz que el comisario Matthäi promete encontrar y dar caza. En cierto sentido, todo transcurre en medio de una atmósfera de cuento de hadas sórdido y grotesco, y la propia investigación policial termina plegándose a las reglas de la imaginación infantil. La lógica se tambalea bajo el peso de lo absurdo, y el más lógico de los hombres, el disciplinado y racionalista Matthäi, sufre en su propia carne los dolores del sinsentido. Matthäi experimenta algunas de las reglas que Dürrenmatt explicitó en *Los físicos* como presupuestos de su obra dramática: «La conclusión lógica de una historia se logra cuando los acontecimientos toman el peor giro posible»; «El peor giro posible de los acontecimientos no puede preverse. Se da como resultado de la casualidad»; «Cuanto mayor es la precisión con que los hombres planean sus acciones, más sorprendente es el efecto de verlos afectados por la casualidad»;

por último, la escéptica lucidez del escritor consciente de la inutilidad de su obra: «Cualquier intento de una persona de resolver por sí sola un problema que concierne a todos está condenado al fracaso».

Lo que había comenzado como una obra didáctica, destinada a que la sociedad suiza tomara conciencia de un grave problema, derivó, en la novela, en un ácido comentario al pie de la página del abúlico Estado suizo. Pero Matthäi no es, ni mucho menos, un personaje alegórico, y tampoco una caricatura del funcionario ideal de la democracia ideal. Matthäi es un ser de carne y hueso, una de esas creaciones geniales de la literatura que se resisten a ser despachadas categóricamente. «Era tan tenaz e infatigable que todo lo que hacía parecía aburrirle, hasta que se vio envuelto en un caso que de repente le apasionó»: así le describe H., el cínico, el degustador de albóndigas, el Virgilio de Dürrenmatt en su viaje de invierno. Un hombre así, un perseguidor tan incansable como el comisario Matthäi, pide, más bien exige una presa a su altura, un criminal de mente prodigiosa, alguien capaz de esconderse bajo la forma de un «gigante de los erizos»: si Matthäi no cree en la culpabilidad del principal sospechoso, un torpe buhonero, es casi por motivos estéticos, y también por un elevado concepto de sí mismo.

En *La promesa* hay mucho del mejor teatro de Dürrenmatt, personajes tan fascinantes como la Clara Zachanasian de *La visita de la vieja dama*, diálogos tan ágiles como los de *Los físicos* y digresiones tan sorprendentes como aquellas de *El matrimonio del señor Mississippi* donde los cadáveres volvían a la vida para explicar al público la verdadera razón de que hubiesen muerto. Al mismo tiempo, es una estupenda novela policíaca, aunque uno de sus propósitos sea el de mofarse de la novela policíaca como tal, e incluso de la novela en general. No es exageración de prologuista, ni síndrome de Estocolmo de traductor. Digamos que lo prometo.

Xandru Fernández  
Xixón, 21 de septiembre de 2008

# LA PROMESA

Réquiem por la novela policí-  
ca

## 1

El pasado mes de marzo tuve que pronunciar, ante la Sociedad Andreas-Dahinden de la ciudad de Chur<sup>[1]</sup> una conferencia sobre el arte de escribir novelas policíacas. Llegué en tren, al anochecer, entre nubes bajas y una deprimente nevisca. Había hielo por todas partes. El evento se celebraba en el salón de la Asociación de Comerciantes. No había mucho público, puesto que aquella misma tarde, en el aula magna del instituto, disertaba Emil Staiger<sup>[2]</sup> sobre el Goethe tardío. Nadie se encontraba en su salsa aquella noche, ni siquiera yo, y la mayoría de los asistentes abandonaron el salón antes de que mi intervención hubiese concluido. Mantuve una breve charla con algunos miembros de la junta directiva, con dos o tres profesores de instituto que también habrían preferido al Goethe tardío, así como con una caritativa señora, presidenta honorífica de la Asociación de Empleadas del Hogar de la Suiza Oriental, y luego me retiré, una vez cobrados mis honorarios y mis dietas de viaje, al hotel Steinbock, cerca de la estación, donde me habían proporcionado alojamiento. Pero también aquí desolación.

Aparte de una revista alemana de economía y de algunos *Weltwoche*<sup>[3]</sup> atrasados, no había ninguna otra lectura a mi alcance con la que evitar el inhumano silencio del hotel y el consiguiente temor de quedarme dormido y no volver

a despertarme. La noche sin tiempo, espectral. En el exterior había dejado de nevar, no había ningún movimiento, las farolas ya no oscilaban, ninguna ráfaga de viento, ningún paseante, ningún animal, nada, sólo una vez llegó de la estación un lejano tañido. Me fui al bar a tomarme un *whisky*. Aparte de la anciana señora que atendía el local, había allí otro hombre que se me presentó casi sin darme tiempo a tomar asiento. Se trataba del doctor H., ex comandante de policía del cantón de Zurich, un hombre alto y fuerte, de modales pasados de moda, con una cadena dorada de reloj cruzándole el chaleco, algo difícil de ver hoy en día. A pesar de su edad, todavía tenía negro el nudoso cabello y espeso el bigote. Estaba sentado junto a la barra en uno de los altos taburetes, bebiendo vino tinto, fumándose un Bahianos y dirigiéndose a la señora del bar por su nombre de pila. Hablaba en voz muy alta y con gestos enérgicos, un hombre sin remilgos que me atraía al mismo tiempo que me repelía. Cuando ya eran cerca de las tres y ya otros cuatro Johnnie Walker habían seguido al primero, se ofreció a llevarme a Zurich a la mañana siguiente en su Opel Kapitän. Puesto que yo sólo conocía muy superficialmente la región de Chur, y en general toda aquella parte de Suiza, acepté la invitación. El doctor H. había venido al cantón de los Grisones <sup>[4]</sup> en calidad de miembro de una comisión federal y, al ver retrasado su regreso por culpa del mal tiempo, había asistido a mi conferencia, aunque no habló mucho de ello, sólo en una ocasión dijo:

—Su forma de hablar en público es bastante confusa.

A la mañana siguiente nos pusimos en marcha. Para poder dormir un poco, me había tomado al amanecer dos Medomin, y estaba como paralizado. No había mucha claridad, a pesar de que ya era de día desde hacía varias horas. En alguna parte resplandecía un trozo de cielo de color metálico. El resto eran nubes que se arrastraban lánguidas, pesadas, llenas aún de nieve; el invierno parecía no querer abandonar aquella parte del país. La ciudad estaba rodea-

da de montañas que, sin embargo, no tenían nada de majestuoso sino que parecían montones de tierra, como si alguien hubiese excavado una enorme tumba. También Chur, según parecía, estaba hecha de piedra, gris, con grandes edificios administrativos. Se me hacía increíble que allí creciesen viñas. Intentamos entrar en el casco viejo, pero aquel voluminoso automóvil nos hacía perder el rumbo, encajándose en estrechos callejones sin salida y vías de dirección única, y obligándonos a hacer dificultosas maniobras para salir de aquella maraña de edificios; para colmo de males, el pavimento estaba helado, así que nos alegramos al dejar atrás finalmente la ciudad, a pesar de no haber visto propiamente nada de aquella antigua sede episcopal. Era como una huida. Empezaba a adormecerme, aburrido y hecho polvo; ante nosotros pasó un valle nevado y sombrío, cubierto de nubes bajas, tieso de frío. No sé qué longitud tendría. Nos aproximábamos a una aldea grande, tal vez una ciudad pequeña, a la expectativa, cuando de pronto todo se llenó de sol, de una luz tan potente y cegadora que las superficies nevadas empezaron a fundirse. Se alzó del suelo una blanca neblina que se apelmazaba de un modo extraño sobre los campos nevados y que de nuevo me privó de ver el valle. Se esfumó como en un mal sueño, como un hechizo, como si yo no hubiese nunca debido conocer aquel país ni aquellas montañas.

Volvió el cansancio, junto con el irritante crepitar de la gravilla con que estaba cubierta la carretera; el coche patinó un poco al cruzar un puente; después, un transporte militar; el parabrisas estaba tan sucio que el limpia-parabrisas no lograba aclararlo. H. iba al volante, huraño, hundido en sí mismo, concentrado en la dificultosa calzada. Me arrepentía de haber aceptado la invitación y maldecía el whisky y el Medomin. Sin embargo, la cosa fue mejorando poco a poco. El valle se hizo de nuevo visible, y adoptó también un aspecto más humanizado. Granjas esparcidas por doquier, aquí y allá pequeñas fábricas, todo limpio y misera-

ble, la carretera ahora sin nieve ni hielo, sólo brillante de humedad pero más segura, así que era posible ir a una velocidad más apropiada. Las montañas se habían ensanchado, ya no eran oprimentes, y nos detuvimos en una gasolinera.

La casa impresionaba de un modo singular, tal vez porque destacaba en aquel entorno tan limpio y tan suizo. Era siniestra, empapada de humedad; arroyos descendían por sus muros. La mitad de la casa era de piedra, la otra mitad un establo cuyas paredes de madera estaban cubiertas de carteles anunciadores a lo largo de la carretera, aparentemente desde hacía mucho tiempo, pues se habían formado estratos de carteles unos sobre otros: Burrus Tabake, también para pipas modernas, beba Canada Dry, Sport Mint, Vitamine, chocolate con leche Lindt, etcétera. En el panel superior había uno de tamaño gigante: neumáticos Pirelli. Los dos surtidores se hallaban delante de la mitad de piedra de la casa, sobre un pavimento desigual y mal alquitranado; todo parecía desvencijado, a pesar incluso del sol, que ahora parecía lucir casi punzante, malévolo.

—Bajemos —dijo el ex comandante, y yo obedecí, sin comprender qué se proponía pero contento de respirar aire puro.

Junto a la puerta abierta, sentado en un banco de piedra, había un viejo. No se había afeitado ni lavado, llevaba una chaqueta de color claro, sucia y remendada, y pantalones oscuros, brillantes de grasa, que una vez habían formado parte de un smoking. Calzaba unas zapatillas viejas. Se hallaba ensimismado, como ido, y olía desde lejos a aguardiente. Absenta. Alrededor del banco, el asfalto estaba cubierto de colillas que flotaban en la nieve derretida.

—Muy buenas —dijo el comandante, súbitamente incómodo, o eso me pareció—. Lleno, por favor. Súper. Y limpie el parabrisas. —Después se dirigió a mí—: Entremos.

Sólo en ese momento me fijé en que, sobre la única ventana visible, pendía una placa de metal roja, el cartel

anunciador de una posada, y sobre la puerta podía leerse: Casa Rosa. Atravesamos un sucio pasillo. Hedor de aguardiente y de cerveza. El comandante abría paso y abrió una puerta de madera que evidentemente le era conocida. El local era miserable y oscuro, con algunas mesas baratas y bancos, recortes de revistas con estrellas de cine pegados en las paredes; la emisora de radio austríaca transmitía un informe económico sobre el Tirol, y detrás del mostrador, casi imperceptible, estaba de pie una esmirriada mujer. Vestía una bata, fumaba un cigarrillo y limpiaba vasos.

—Dos cafés con leche —pidió el comandante.

La mujer se puso a prepararlos, y de la habitación contigua salió una camarera desaliñada a la que le calculé aproximadamente treinta años.

—Tiene dieciséis —zumbó el comandante.

La muchacha nos sirvió los cafés. Vestía una falda negra y una blusa blanca a medio abotonar, bajo la cual no llevaba nada; no se había lavado la cara. Sus cabellos eran rubios como una vez lo habían sido también los de la mujer del mostrador, y estaban revueltos.

—Gracias, Annemarie —dijo el comandante, y dejó el dinero sobre la mesa. La muchacha no respondió ni devolvió el agradecimiento. Bebimos en silencio. El café era horrible. El comandante encendió un Bahianos. La emisora austríaca informaba ahora sobre los niveles de agua y la muchacha deambulaba por la habitación de al lado, donde se vislumbraba algo blanquecino, aparentemente una cama sin hacer.

—Vámonos —sugirió el comandante.

Una vez fuera, pagó después de echar un vistazo al surtidor. El viejo había puesto la gasolina y limpiado el parabrisas.

—Hasta la próxima —dijo el comandante a modo de despedida, y otra vez se me hizo patente su incomodidad; tampoco esta vez respondió el viejo, sino que se sentó de nuevo en su banco y se hundió en sí mismo, alienado, ven-

cido. Pero en cuanto llegamos junto al Open Kapitän y nos volvimos de nuevo, el viejo cerró los puños, los agitó y, jadeando, soltó un brusco chorro de palabras, su rostro transfigurado de infinita convicción:

—Yo sigo esperando, yo sigo esperando, él vendrá, él vendrá.

## 2

—Para ser sincero —comenzó el doctor H. más tarde, cuando nos preparábamos para entrar en el paso de Kerenzer<sup>[5]</sup> (la carretera estaba helada otra vez, y por debajo de nosotros se extendía el lago Walen<sup>[6]</sup>, refulgente, gélido, inalcanzable; había vuelto a instalarse en mí la plomiza fatiga del Medomin, el recuerdo del regusto del whisky, el sentimiento de deslizarse en un sueño sin fin y sin sentido)—, para ser sincero, nunca me han llamado mucho la atención las novelas policíacas, y lamento que tampoco usted esté familiarizado con ellas. Una pérdida de tiempo. Fue agradable escuchar su conferencia de ayer; dado que los políticos han fracasado de una manera tan gratuita —y yo debo saberlo, soy uno de ellos, miembro del consejo nacional, como usted sabe (yo no lo sabía, escuchaba su voz como desde lejos, fortificado detrás de mi modorra, y no obstante alerta como un animal en su madriguera)—, la gente espera que al menos la policía sepa tener el mundo bajo control, mientras que yo por mi parte no puedo imaginarme una esperanza más asquerosa. Por desgracia, en todas esas historias de crímenes subyace aún un fraude mayor. Y con esto ni siquiera aludo al hecho de que en ellas los criminales encuentran su castigo. Pues esos hermosos cuentos han de ser moralistas a la fuerza. Pertenecen al tipo de las mentiras

necesarias para mantener el orden social, casi como un refrán piadoso: el crimen no vale la pena —mientras que sólo se necesita observar la sociedad humana para descubrir la verdad sobre ese punto—; todo eso puedo dejarlo pasar, aunque sea como un acuerdo comercial, pues todo público y todo contribuyente tiene derecho a sus héroes y a sus *happy end*, y tanto nosotros los policías como ustedes los escritores nos hemos comprometido a proporcionárselos. No, me irrita mucho más la cuestión del argumento en sus novelas. Aquí el fraude es enorme y descarado. Ustedes construyen sus argumentos sobre la base de la lógica, como en el ajedrez: aquí el criminal, aquí la víctima, aquí el confidente, aquí el beneficiario; basta con que el detective conozca las reglas y revise la partida, y ya tiene cazado al criminal y ha logrado que triunfe la justicia. Esa ficción me pone nervioso. La realidad se las arregla con la lógica sólo a medias. Al mismo tiempo, lo admito, nosotros los policías estamos obligados a proceder de acuerdo con la lógica, de un modo científico; pero los factores disonantes que entran en juego son tan frecuentes que muy a menudo es la pura suerte o el azar lo que decide la partida a nuestro favor. O en contra nuestra. Sin embargo, en sus novelas el azar no juega ningún papel, y, si algo tiene la apariencia de azar, al final resulta ser el destino o la providencia; ustedes los escritores siempre acaban por mandar a paseo la verdad con sus reglas dramáticas. Al diablo con esas reglas. Los acontecimientos no se ajustan a una regla de medida, puesto que no conocemos todos los factores necesarios, sino sólo unos pocos, la mayoría de ellos secundarios. También lo azaroso, lo incalculable, lo inconmensurable, juegan un papel, y un papel demasiado grande. Nuestras leyes se basan sólo en la verosimilitud, en la estadística, no en la causalidad; son sólo aplicables a lo general, no a lo particular. Lo particular está más allá de los cálculos. Nuestros recursos criminalísticos son insuficientes, y cuanto más los ampliamos, más insuficientes se vuelven en el fondo. Pero eso les